



CyP

Revista Cambios y Permanencias
Publicación multi e interdisciplinar
orientada a los estudios sociales

Revista Cambios y Permanencias

Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación

Vol.11, Núm. 1, pp. 781-809 - ISSN 2027-5528

Imaginarios de colombianidad desde un barrio popular de Bogotá

Colombian imagination from a popular neighborhood of Bogota

Andrés Mauricio Páez Ochoa

orcid.org/0000-0002-8997-1561?lang=en

Leidy Lorena Chacón Ortíz

orcid.org/0000-0001-6163-2691?lang=en

Secretaría de Educación de Bogotá

HARE
Grupo de
Investigación
Historia
Archivística y
Redes de
Investigación



Universidad Industrial de Santander / cambiosypermanencias@uis.edu.co

Imaginarios de colombianidad desde un barrio popular de Bogotá

Andrés Mauricio Páez Ochoa Licenciado en filosofía y Letras,
Secretaría de Educación de Magíster en Comunicación- Educación.
Bogotá Magíster en investigación social.

Correo electrónico: mauropaez1979@gmail.com

ORCID-ID: <https://orcid.org/0000-0002-8997-1561?lang=en>

Leidy Lorena Chacón Ortíz Licenciada en Ciencias sociales.
Secretaría de Educación de Magíster en Comunicación- Educación.
Bogotá

Correo electrónico: lorechacon82@gmail.com

ORCID-ID: <https://orcid.org/0000-0001-6163-2691?lang=en>

Resumen

Este texto recoge los signos que indican la existencia del concepto de colombianidad como fundamento de la identidad nacional, desde las formas de representar, decir y hacer, instituidas en los discursos y los sistemas de creencias de los sujetos nacionales colombianos. Asimismo, sus retóricas que reproducen los entramados simbólicos presentes en el yo y el nosotros colombiano.

Lo anterior, un rastreo que enuncia diversas posiciones teóricas dando cuerpo a estas categorías desde aportes psicológicos, antropológicos, políticos, lingüísticos e historiográficos. Ante tal hipótesis, se plantea un sentido material con la aplicación de diversas metodologías en los sujetos sociales de los barrios Bachué, Villa Cristina y Luis Carlos Galán, a partir de la historia de vida, la observación participante, la IAP y la cartografía social, que describen a partir de un análisis sistémico de las comunidades y sus

territorios, elementos periféricos, cotidianos, anónimos y étnicos, como también rasgos de la cultura ciudadana.

El objetivo se centra en descubrir los fenómenos culturales y comunicativos existentes en las realidades urbanas, escolares y familiares, que explicitan los imaginarios y formas de la cultura popular, visibilizando elementos que no se han tenido en cuenta en otros estudios de tipo histórico, social o historiográfico.

Palabras clave: Colombianidad, identidad nacional, imaginarios, cultura popular, territorio.

Colombian imagination from a popular neighborhood of Bogota

Abstrac

This text gathers the signs that indicate the existence of the Colombianidad concept as the basis of national identity, from the ways of representing, saying and doing, established in the discourses and belief systems of Colombian national subjects. Also, the rhetoric that reproduces the symbolic frameworks present in ourselves and in our Colombian equality.

All of the above, a searching that enunciates various theoretical positions giving figure to these categories from psychological, anthropological, political, linguistic and historiographic contributions. Faced with this hypothesis, a material sense is proposed with the application of various methodologies in the social issues of the Bachué, Villa Cristina and Luis Carlos Galán neighborhoods, based on the life history, participant observation, IAP and social cartography, that describe since a systemic analysis of the communities and their territories, peripheral, daily, anonymous and ethnic elements, as well as features of citizen culture.

The objective is focused on discovering the cultural and communicative phenomena existing in the urban, school and familiar realities, that specify the imaginary and forms of popular culture, visualizing elements that have not been taken into account in other historical, social or historiographic studies.

Keywords: Colombianidad, national identity, imagery, popular culture, territory.

Introducción

Este ejercicio se origina en la necesidad de afirmar la existencia de la identidad nacional y su actividad a través de la colombianidad, en relación con los fenómenos sociales que trascurren en las realidades de los sujetos que habitan los barrios ya mencionados de la localidad de Engativá, a su vez pertenecientes a Bogotá-Colombia.

En este sentido, no es anecdótico analizar la denominación de los barrios incluidos en esta investigación, pues paradójicamente Bachué hace referencia a la diosa y maestra muisca, el nombre del barrio Villa Cristina rememora la colonia americana y Luis Carlos Galán recuerda al político liberal asesinado en 1989, en medio de la ola de violencia producida por el narcotráfico. Los anteriores, elementos transversales en la conformación de la identidad nacional: lo mítico, lo colonial e histórico, son también claves en los usos lingüísticos que enmarcan los regímenes de representación.

Teniendo en cuenta que el conocimiento es una acción vital y emancipadora, cobra sentido entender desde la reflexión las situaciones que allí se producen y describir e indagar por sus prácticas, rutinas de desplazamiento, formas de comunicar, modos de apropiarse del territorio, códigos para simbolizar los espacios y medios para generar convivencia en la vida diaria de los individuos.

De este modo, visibilizando los imaginarios de nación y las experiencias que surgen de la genealogía de un pueblo establecido en épocas remotas precolombinas, tomando forma en la colonia a través de un complejo y lento proceso de mestizaje; y enraizado a su vez en los caracteres de una hispanidad influida por lo árabe, lo afro y lo indígena, dando como resultado, variados tipos raciales y culturales que sustentarán la base popular nacional, extendida por una república incipiente hasta el presente.

De otro lado, afirmando a la escuela como motor de transformación de los sujetos y sus familias, pues fue allí donde se deconstruyó la información recogida: fotografías, entrevistas, documentales, mapas e historias de vida, activando diversos estamentos (docentes-estudiantes) y útil como sustento de los imaginarios de colombianidad y los fenómenos sociales allí generados.

Al tratar de dilucidar estas concepciones, tan discutidas, negadas o asumidas como a priori desde sectores de la academia local, en las cuales no cabe la posibilidad de una identidad nacional única, parece ser que surgen en cada momento histórico muchas

identidades; siendo necesario entender su probabilidad en múltiples aristas y construida a la vez, en unos valores diversos y aglutinantes, pero también afectivos y violentos.

Por tales motivos, la investigación no posee dentro de sus objetivos la exaltación de un espíritu patriótico que defienda unos símbolos en aras de la unidad nacional y la superación de las terribles y bárbaras divisiones que han desgarrado este pueblo, como tampoco es una diatriba ideológica que sojuzga ciertas ideas políticas para defender otras, no.

El ejercicio consiste en una revisión teórica e interdisciplinar de la categoría de identidad nacional, sustentada en un país atravesado por unos imaginarios profundos que han servido para la exclusión, la discriminación y la naturalización de la violencia desde la vida pública y la intimidad. De esta forma, se apunta a reflexionar estos fenómenos con las mismas comunidades y aportar a un sentido crítico.

Así, es pertinente afirmar estos rasgos de la colombianidad periférica, describiendo no solo la relación territorio-sujeto, sino las causas de prácticas que se ejercen en la interacción familiar y diaria, aún sin estudiar; pues muchas de esas acciones surgen de los aparatos ideológicos del Estado, que pueden ser manifiestos o latentes según Althusser (1970/2003), como también de aprendizajes reiterados, tradicionales e inconscientes.

Esta estructura textual se desarrolla desde diferentes miradas, que aportan al entendimiento de la cultura colombiana en una organización capitular así: las relaciones entre la historia barrial y el país, las prácticas ciudadanas, las ritualidades nacionales y barriales, los regímenes de representación y las formas del lenguaje en Colombia. En consecuencia, la experiencia metodológica se articula con prácticas comunitarias y urbanas que sirven de objeto de estudio, para entender elementos claves de la identidad nacional y a la ciudad como receptora de diversos sujetos de todas las regiones, que hacen circular múltiples ideas sobre la vida, la nación, la política, la ciudadanía, la familia, la religión y la escuela, representaciones que viajan cronológicamente y que se pretenden evidenciar desde diversas formas, rostros y cuerpos.

Imaginarios de origen, corrupción y violencia en la Colombia barrial

Es necesario decir que la categoría de colombianidad ha sido negada desde diversos sectores que han optado por verla como una idea ontológica y quizás inexistente. En este ejercicio, puede afirmarse que no ha sido lo suficientemente discutida debido a diversos factores de tipo histórico, académico o político que han aparecido en el tiempo.

En esta medida, la investigación considera que es capital estudiar las diversas aristas de la identidad nacional, teniendo en cuenta que frente a las condiciones de atraso, guerra y pobreza en los que se ha sumido el país y en el intento por resolver la situación endémica de la violencia política con el discernimiento y el diálogo, surge la necesidad de entender esta cultura como unidad particular; pues al parecer, muchas de las causas de tales fenómenos degradantes podrían situarse en la ausencia de luz sobre el problema del origen de la nación.

Junto a los conceptos anteriores, es fundamental rastrear aspectos relevantes de las ideas de identidad, Estado y memoria; pues estas soportan las posibilidades de confirmar la nacionalidad colombiana como una categoría real y territorial, comprendiendo el devenir de un pueblo reunido alrededor de características difusas, con diferencias radicales y que han desembocado en un escenario de barbarie sin precedentes.

Por tal razón, es útil estudiar las tesis de Rosas, Bellelli y Bakhurst (2000), en consonancia con los orígenes del concepto de recuerdo como generación de cultura personal y colectiva, bases de la identidad nacional, pues definen aspectos del individuo y su desarrollo psicológico, en articulación con los signos de lo colectivo, una relación de fuerzas que se retroalimentan para subsistir en la naturaleza.

En la pesquisa de la identidad nacional, fue imperativo reconstruir algunos ejercicios de memoria utilizando la historia de vida en la comunidad de los barrios aledaños al Instituto Técnico Laureano Gómez - IED. En principio, a través de momentos de violencia política, historia oficial y exclusión social, relacionados íntimamente con la conformación del barrio, la lucha de largo aliento por sostener un colegio público de carácter técnico-industrial y la promesa de una solución de vivienda, que consistió en una estructura urbana-arquitectónica muy distinta a la entregada, trayendo inconvenientes en la convivencia y en la calidad de vida de sus habitantes hasta hoy, particularmente en el barrio Bachué.

A partir de esta movilidad de la identidad colectiva e individual en doble vía que plantean los autores, fue patente establecer que esas luchas comunales, esas procedencias del desarraigo y esa insatisfacción de necesidades básicas que se fueron haciendo crecientes, impactaron la estructura familiar y personal de las distintas comunidades.

Un recorrido por algunas historias de vida de los habitantes más veteranos de la comunidad, que tuvo como objetivo aclarar quiénes fueron los fundadores de este territorio y en esa medida, definir cómo se organizaron, indicó cómo deviene la agresión que

padecieron las poblaciones victimizadas en la primera ola de violencia bipartidista, en distintas zonas del país como los Santanderes, la Costa Atlántica o el Tolima, entre 1930 y 1940, acarreado la colonización de zonas rurales que se fueron urbanizando lentamente. También, de la segunda ola de violencia desatada después del 9 de abril de 1948, hasta finales de la década de los 50 y que desterró esta vez a cuantiosa parte de la población regional que se asentó en diversas ciudades intermedias y en los cerros orientales bogotanos o en algunas zonas de Engativá. Finalmente, los que fueron víctimas también de una última y desmedida violencia, esta vez causada por la guerra entre Estado, carteles de narcotráfico, paramilitares y subversión.

Cabe mencionar que, en estas narraciones frente a la apropiación de hitos representativos como el colegio público más importante de la comunidad, se discute el nombre de un personaje histórico y polémico como Laureano Gómez, quien suma detractores y seguidores propios de la vieja violencia bipartidista. Gómez, donó terrenos para la construcción del colegio técnico que resolverían problemas de las comunidades vulneradas, al ofrecer educación de carácter técnica para ingresar al campo laboral, sosteniendo así su caudal político. Aclarando que, al cotejar la historia colombiana, la responsabilidad de este político en una dinámica sanguinaria en el territorio es categórica, promoviendo entonces el debate al interior de la comunidad educativa y la barriada sobre la posibilidad de cambiar el nombre del colegio por la compleja connotación del “laureanismo”.

En ese desarrollo de las comunidades allí asentadas, es fundamental anotar desde la perspectiva historiográfica de Palacios (2015), cómo los imaginarios de campo y ciudad no se distinguen por la apropiación de una vida moderna o cosmopolita en la mentalidad de quienes abandonaron el escenario rural y se insertaron en el urbano, ya que la nostalgia por lo agrario fue una constante en el incipiente ciudadano bogotano. Puntualmente, a pesar de los reducidos espacios habitacionales, la crianza de animales o el cultivo de legumbres se sostienen como supervivencia del mundo rural, acciones más evidentes en la interacción de la plaza de mercado o la tienda que dispone de vegetales permanentemente.

Palacios (2015) visualiza cómo la inserción de gigantescas masas humanas al mundo laboral formalizado fue una batalla de largo aliento que empieza en la segunda década del siglo XX en ciudades como Bogotá, pues el desarrollo de los sectores terciario o cuaternario fue muy lento o prácticamente inexistente en amplios territorios del país. De este modo,

aunque el autor refiere un pobre crecimiento económico de las clases populares a principios de siglo y, en consecuencia, la constante condena al desempleo o la informalidad, se infiere que tal fenómeno no cesa y se extiende a las comunidades indagadas: obreros por contrato, empleadas domésticas ocasionales, vendedores ambulantes o simplemente desocupados, confirman la imposibilidad del ascenso económico y la movilidad social.

Por ello, si la concentración de la tierra y la falta de acceso a esta por parte del pequeño campesino, han sido flagrantes en toda la historia del país, también lo son la carencia de vivienda y riqueza en la ciudad. Ante esta realidad, muchos de los habitantes de estos sectores conviven hacinados en la casa materna o paterna con sus nuevas familias, frente a la imposibilidad de ser propietarios y ni siquiera poder pagar un alquiler. Por ejemplo, Camilo, de 16 años afirma: “la cosa está muy dura, mi hermana se embarazó y está viviendo con el novio en la casa de la suegra”.

Así, gran parte de esta población padece carencias, pues una gran mayoría de sus fundadores fueron víctimas de diversos tipos de violencia, ocurrida en las regiones del país y a su vez, son afectados por fenómenos de origen urbano que deben ser resueltos, a saber: la escasa oferta cultural y recreativa, la contaminación ambiental, las pandillas juveniles y el consumo de sustancias psicoactivas - SPA. De este modo, conformando una cultura popular, olvidada e invisibilizada, definiéndose como una pieza del rompecabezas en desorden que es Colombia, a partir de los suburbios analizados.

De esta manera, al no reducir la deconstrucción del concepto de colombianidad a partir de la violencia política y sus consecuencias únicamente, fue necesario extender la mirada a otros aspectos del individuo desde una perspectiva heterogénea, para entender la colonización y fundación de estos territorios.

En la emergencia del imaginario colonial como explicación de una sociedad precarizada, Yunis (2003) define a través de un análisis biológico e historiográfico un presente que no pretende superar la exclusión, el conflicto de clases sociales y la desigualdad tan aberrante, normalizada por los gobernantes y los mismos ciudadanos.

De ahí que el genetista expone la connivencia entre las pequeñas formas de ejercer corrupción dentro de la población y cómo esta se reproduce a gran escala, revelando una permanente espiral de la cultura ladina, cuando es obvio el ejercicio de la denuncia, el castigo ejemplar y la impronta de la ética como mecanismos de civilización y cohesión social. El

imaginario de la violencia se imbrica en el de la corrupción, siendo un tronco único con dos cabezas venido del mestizaje violento que Yunis (2003) retrata de ahí hasta estos días.

Es palpable el arquetipo de una cultura tramposa que justifica sus pequeños crímenes y los de su dirigencia. Por ejemplo, don Edilberto, de 60 años, afirma: “aquí vienen los políticos a ofrecer construir parques, tapar huecos, pintar fachadas y todo eso, hacen fiestas y dan comida y luego de las elecciones nada, todo sigue igual”. En efecto, varias obras públicas han quedado inconclusas a través del tiempo como la Avenida Longitudinal de Occidente, se revive el clientelismo en las campañas electorales y persisten graves problemas ambientales, evidenciando una ciudad y un país construido a pedazos, sin planificación que permita su pleno desarrollo, escenario propicio para la expoliación y la inequidad.

Es claro, como lo narran Gramsci y Domenech (2017), que las relaciones hegemónicas funcionan con la complicidad de quienes padecen las prácticas injustas y corruptas. De ahí que, en los engendros de la informalidad y la precariedad laboral, son palmarias acciones relativas a obtener ventaja en detrimento de los demás: venta de productos de mala calidad, distribución de divisas falsas, adulteración del licor, alteración de balanzas y taxímetros o piratería de mercancía nacional.

Aunque son cuantiosos los problemas que aquejan a la comunidad, en los últimos años se han venido organizando para hacer veeduría a distintas obras clave que se desarrollan: la solución a la dinámica vial que debe negociar el sostenimiento de los humedales y ecosistemas, sin aplazar por más tiempo la consolidación de la ALO; el grave problema de seguridad con factores diversos como el tráfico y consumo de drogas o la creciente migración que presuntamente deteriora los niveles de confianza y tolerancia; asimismo la restitución de la planta física del colegio, la cual ha traído ilusión, pero también desconfianza sobre su porvenir y el de los estudiantes.

A pesar de lo anterior, la confrontación o la indiferencia, caracteres comunes del colombiano, terminan imponiéndose ante la necesidad del empoderamiento colectivo, además del constante acecho de las promesas electorales que dividen más a sus gentes y el arribo de nuevos fenómenos violentos.

Factores de una ciudadanía primitiva

La pirámide social heredada de la colonia deja claro que, para acceder a condiciones privilegiadas, son indispensables la superioridad dinástica, el dinero y la fuerza. De esta

forma, los criollos movilizaron la independencia en torno a necesidades de raza y clase, pues del mismo modo que pretendían la salida de la corona española evitaron que mestizos, indios y afros se apropiaran de la idea de libertad, tal como lo entendió Anderson (1993) en América y otros continentes periféricos. Como resultado, esas mismas mayorías fueron la base de los primeros ejércitos caudillistas del siglo XIX, alimentando las viejas raíces del odio bipartidista y los nunca resueltos regionalismos.

La idea de estado de derecho en Colombia implicó desde sus orígenes, un supuesto pacto social entre los ciudadanos con el fin de establecer responsabilidades, bienestar general y fortalecimiento de las instituciones. Sin embargo, desde el inicio republicano, esa idea ha servido para favorecer a los grupos sociales dominantes, dejando aplazada la modernidad para el resto de los habitantes. Por tal motivo, aunque la constitución exista, los derechos aún son abstracciones inalcanzables para la mayoría.

Entonces, si algunas de las representaciones que poseen los individuos en Colombia tienen que ver con la justificación de su doble moralidad y en seguida, la de quienes detentan el poder y la administración de los recursos públicos, es difícil edificar una cultura que defina la praxis política como el ejercicio del bien común, proscribiendo esa posibilidad y alentando la idea de la justicia privada que implica la anulación de la diferencia y promueve el crimen para permanecer en el poder.

La cultura política colombiana se basó siempre en agrupar masas pasionales y ardientes que se estructuraron bajo la línea de lo sectario, como lo planteó Perea (2009). El debate y la planificación de la convivencia se subordinaron a la supresión del rival y la estigmatización en los escenarios de la gran política y en los contextos cotidianos e íntimos.

En los barrios citados, estas ciudadanías precarias han conllevado a una resolución negativa del conflicto en las relaciones personales y en el espacio público. Por ello, hechos inaceptables que nacen en la irresponsabilidad del Estado y los sujetos, tienen que ver con la urbanización de una parte del humedal Juan Amarillo que deteriora el ecosistema, causando la ilegalidad en la apropiación de espacios, sin tener en cuenta el grave riesgo de construir en zonas inundables.

La exploración al sistema de transporte público demuestra el déficit cívico: la privatización de buses y vías, los atascamientos, las ventas ambulantes, la delincuencia, el comportamiento inapropiado y el hacinamiento, tienen como efecto la vulneración del

derecho a la movilidad; pues ante la inexistencia de un sistema multimodal, persiste un caos originado en la incompetencia estatal, la mezquindad corporativa y la explosión demográfica, produciéndose diariamente violencias de tipo sexual, simbólico, verbal y físico.

De ahí que sea urgente revisar aspectos psicológicos y psicosociales relacionados con las actitudes y la comunicación de unos sujetos primarios, pues en disputa constante se encuentran quienes defienden una postura enmarcada en la corrección política, donde la resignación prevalece por encima de las dificultades de un colapsado sistema y los que asumen el vandalismo como el mecanismo de la protesta en aras del mejoramiento del transporte público, mientras las decisiones políticas se aplazan en perjuicio de la comunidad.

Si se extendieran estos imaginarios locales a las dinámicas de la nación, sería evidente la fragmentación de una ciudadanía que intenta conservar ciertos ordenes frente a un Estado descompuesto y naturalizado, acusada desde distintos bandos como cobarde, ultraderechista o paramilitar, y otra que asume posiciones beligerantes o progresistas, satanizada como vandálica, terrorista o guerrillera, ambas, posiciones que surgen del extremismo ideológico y que recrean una y otra vez los ciclos de la violencia expresada en la obra de Perea (2009).

De otro lado, la escuela no alcanza a inducir una ciudadanía potente que irradie transformación en los espacios citados. Entonces las viejas y las nuevas violencias se amalgaman en la vida de jóvenes seducidos por la cultura narco, apropiándose de su existencia y recreando un campo de batalla trazado en fronteras invisibles, en las cuales pulula el consumo y el expendio de drogas.

Asimismo, la democracia como artificio literario y gramatical se patenta en el discurso de las elites hace doscientos años como lo aseguró Deas (1993), en tanto que, en los campos, las ciudades y los barrios, la civilidad no surge como mecanismo catalizador de la diferencia, es el más aterrador teatro de disputas en el que la educación también es enunciación. Así lo observaba Zuleta (1995), ya que las pandillas juveniles imponen “pactos de silencio” como ocurrió con los actores del conflicto armado.

El narcotráfico, es el fenómeno vigente que se suma a los lastres históricos para la perpetuación de la violencia y el origen de otros imaginarios criminales en la conformación de la nación. La bonanza marimbera, cocalera y de la heroína, fueron el origen de una de las representaciones más radicales instituidas en Colombia.

El auge de la cultura narco y del dinero fácil se apropió de la sociedad, sobre todo de la clase media y los menos favorecidos como una oportunidad de acceso al bienestar negado por el Estado. De igual manera, la relación entre narcotráfico y clase política ha definido el devenir de los últimos gobiernos, en torno a la financiación de la guerra y la corrupción pública.

Los carteles colombianos no solo dispusieron de la vida de los jóvenes como expendedores de sustancias, sino que los reclutaron en sus ejércitos personales. Entonces el mundo infantil y juvenil se vio permeado por representaciones delictivas: el uso de armas, la extravagancia, la decadencia del consumo, el sicariato como forma de vida y la complicidad de las familias.

En el presente, el narcotráfico ha tomado nuevas formas a causa de la ofensiva de las autoridades, aunque el negocio se trasladó a los barrios y a las zonas rurales, debido a la expansión de las sustancias ilegales en los colegios y parques, haciendo de los niños y jóvenes presas fáciles del consumo, distribución y prostitución, pues es innegable una fuerte atracción hacia las narrativas construidas con personajes como Pablo Escobar y su discutible filantropía en los años 90.

En resumen, la barriada está influenciada por las simbologías descritas y, en consecuencia, parte de las ciudadanías juveniles trazan sus acciones y discursos a través de la imaginación de un poder brutal emanado sino en las armas, los guetos y el control territorial, al menos sí, en el deseo expuesto en el parlache que evoca el hampa, reproducido también en los medios como lo avizó Rincón (2006). Así, Carlos, de 4 años, manifiesta: “A mí me gustaría encontrarme una guaca de un narco, tener una nave, una buena vieja y rumbear con el parche, si me agarran me gasto la plata para defenderme y lo otro lo guardo para cuando salga”.

Otras maneras de la ciudadanía se expresan en la acción del templo, lugar de adoración, esperanza y trámite de emociones para comprender la existencia, fenómeno aclarado por Durand (1968/2000). Es así como la religión promueve la expiación de los pecados y la evasión o involucramiento en aspectos comunitarios en el territorio colombiano, suscitando la espiritualidad y la participación política, pues desde el púlpito se orienta a las comunidades en la toma de decisiones de la micropolítica y la política a gran nivel. A este propósito, Marcela, de 16 años, manifiesta: “En el pueblo de mi abuela el cura les dice por quién votar

para alcalde en las próximas elecciones y cómo criar a los hijos y nietos, nosotros con mi hermano nos burlamos y ella nos regaña y dice que es un hombre de Dios y que tiene la razón”.

Algunas ritualidades que vinculan la religiosidad y reproducen algún tipo de civismo, son las expresiones en Navidad y Semana Santa, pues demuestran que las precariedades, las diferencias y las agresiones pueden ser reprimidas o aplazadas en torno a una ciudadanía subordinada a poderes surgidos en la tradición colonial, desarrollándose estructuras de representación simbólica, como lo manifestó Durand (1968/2000).

De todos modos, el concepto de ciudadanía ha mutado o se ha deformado en espacios que tienen relación con el mercado del centro comercial, el entretenimiento de los medios masivos o el fanatismo del espectáculo de masas como el fútbol en el barrio, en el estadio o la televisión, este último asumido como ejercicio auténtico de colombianidad y patriotismo.

Ritualidades en la barriada y la nación

Comprendiendo que todo este complejo equipamiento lingüístico y psíquico-social, deviene de unos contextos históricos y étnicos nutridos de viejas experiencias anónimas y cotidianas, en etapas como la conquista o la colonia, las observaciones de Yunis (2003) son pertinentes porque revelan el eufemístico concepto del mestizaje. Este fue el proceso de violencia más brutal y antinatural ocurrido en la historia de este hemisferio, influyendo para siempre en el ser individual y colectivo y, además, atribuyendo toda la carga primitiva de regionalismos y parroquialismos a esa mezcla producida en tiempos hispánicos con la sangre, la cruz y el fuego. El autor refiere cómo el mestizaje, impuesto con toda la crueldad, solo ha prolongado en el tiempo el desprecio por lo propio y la adoración por lo foráneo.

Sin embargo, es innegable que el mestizaje es la base primordial para establecer la identidad nacional. En el caso colombiano, esa génesis reproduce formas y acciones en lo político, lo social, lo estético y lo solemne. Por ejemplo, la fiesta es una acción ritual que evidencia las pulsiones o enmascara el ser de los sujetos, expresada en la gastronomía, el atuendo y la interacción.

Las variaciones de la fiesta en Colombia se representan en el carnaval, la tauromaquia, los reinados, la verbena o la corraleja. En el barrio, el bazar o la congregación por cuerdas para Navidad, Día de la madre o el mundial de fútbol, son manifestaciones y excusas para la

constante celebración que enorgullece al colombiano, que bien puede ser síntoma de la evasión o del exceso folclórico como lo planteó Gutiérrez (1966).

Así, el país celebra la fiesta ante el dilema entre la resiliencia por las violencias de siempre o la activación de estas que emergen de la euforia alimentada por el licor, la música, la evocación, el baile y el espíritu de confrontación que derivan en la riña o el homicidio; muestras primitivas del conflicto y el goce.

En algunos casos, esas mismas manifestaciones mutan a sitios específicos como la cantina, la gallera, el burdel y la taberna. Estos sitios ejercen y combinan con mayor fuerza los imaginarios de poder, cultura narco, confrontación, hipersexualidad, pues es más fácil acceder a sustancias ilícitas y a la prostitución como práctica asociada.

De otro lado, la emoción que produce el cumpleaños número quince para las señoritas en Latinoamérica y en Colombia, describe el paso de niña a mujer e implícitamente el culto a la virginidad, que manifiesta las lógicas patriarcales y el imaginario femenino relacionando la divinidad y la tentación del cuerpo. La fiesta de quince es una vitrina de las clases populares para establecer parentescos y legitimar la iniciación sexual.

La fiesta religiosa une a las comunidades y aviva el jolgorio místico en los templos, la procesión a lugares sagrados, la vigilia como lugar de encuentro y las actividades de la parroquia, eventos fundamentales de lo misional. Se involucra a las comunidades en medio del goce del trabajo de la iglesia y revela el difícil camino a la civilización que intenta dejar atrás los imaginarios medievales, hacia una modernidad definitiva como lo describieron Elias y Dunning (1992).

Desde esa perspectiva, se puede afirmar que, en los contextos rural y urbano, las fiestas que hoy se escinden entre profanas y sagradas tienen un origen común en el imaginario religioso, pues todos los símbolos y rituales observados en esas supuestas manifestaciones paganas, simplemente han mutado de la iglesia colonial hasta hoy. De hecho, el “recogimiento” de la Semana Santa: el silencio, el ayuno y la reflexión; y la alegría navideña: consumo, excesos, licor; develan que ambas manifestaciones son dos caras de la misma moneda. De hecho, toda fiesta en Colombia procede de la religiosidad como lo expresó Lara (2006).

Todas estas experiencias, son útiles para comprender las trazas que definen al país en torno a su devenir cultural y estético, pues al observar de cerca las partes más aisladas del

conjunto de piezas que componen la cultura popular, se comprende cómo se articulan lo micro en el barrio o la calle y lo general, en la región o el país en una simultaneidad constante.

Otras formas de ritualidad se evidencian en espacios familiares aprendidos y difundidos en el tiempo, como la preparación de los alimentos y la organización de eventos con el fin de compartir la palabra, degustando platos típicos hasta la “llenura” como lo planteo Gutiérrez (1966). Expresiones populares como: “al que no vino, se le guarda” o “se le echa más agua a la sopa”, demuestran la unión familiar y barrial, pues en el bazar se ofrecen recetas tradicionales con el fin de recoger fondos. De igual manera, la “olla comunitaria” integra en la movilización social la posibilidad de acciones colectivas.

Sin embargo, en las barriadas existe una solidaridad distorsionada en la caridad, acción que proviene del imaginario colonial, en el cual lo vertical, patriarcal, racista y machista surgen con toda la violencia o se enmascaran detrás de la misericordia con el habitante de calle en la panadería, el desplazado en el semáforo y la entrega de mercados con la mediación de la iglesia, reproduciendo la lástima y expiando la conciencia del “buen samaritano”. Todo aquello, radiografía cierta de la historia republicana colombiana, donde la responsabilidad estatal desaparece, se reemplaza o se tergiversa.

Con relación a lo anterior, se ha pretendido desde círculos académicos y políticos escindir la identidad nacional en diversas representaciones o regímenes de colombianidad que relativizan o hacen desaparecer esta categoría. De esta forma, aunque hay unos universos que podrían demostrar una confrontación dialéctica, a saber: campo-ciudad, colonia-modernidad, criollos-mestizos o ciencia-sabiduría popular, es claro que oponer estas concepciones desconoce que unas generan a las otras. Es así como los imaginarios campesinos mutan a la ciudad, incorporando nuevos elementos, pero conservando una misma esencia, como se puede evidenciar con las ritualidades del “comer juntos”, la medicina ancestral o los valores artesanales.

Ante la búsqueda de respuestas a la enfermedad y la comprensión de los misterios de la vida, persiste la medicina tradicional como vínculo entre la naturaleza y el hombre, frente a la fractura originada por la avasallante modernidad. Por ejemplo, dialogan la farmacia con la medicina química y la plaza de mercado que contiene ungüentos, bebedizos y emplastos. En los resguardos indígenas y bajo la autorización de los “taitas”, se prepara medicina ancestral a base de ayahuasca compartida en ceremonias con el ánimo de comprender el

origen del dolor físico y espiritual. En esa dirección, también los templos esotéricos sincretizan saberes europeos, indígenas y afros.

Por otro lado, el tejido es una práctica material e inmaterial, pues representa la construcción de una gran colcha de retazos con distintos colores, puntadas y formas que se entrecruzan para simbolizar el cosmos, comprender la nación, reconocer los ancestros y saber en qué se ha convertido esta raza colombiana que se une y se rompe con gran facilidad, pero que se extiende por toda la geografía en la búsqueda del hilo inicial para desenmarañar esta gran madeja.

Finalmente, y tras las huellas de la colombianidad, al parecer las ritualidades confirman unas conexiones que no sobresalen con claridad en otras dimensiones de la nación y la barriada, como la acción ciudadana, política o religiosa, pues esos ritos explorados devienen los signos de lo criollo, lo mestizo, lo afro, lo mulato y lo aborigen, acallados por siglos, pero recuperados en fiestas y tradiciones de la cultura popular.

Regímenes de colombianidad

Con referencia a los anteriores hallazgos, este ejercicio examina críticamente algunos aportes hechos en el tiempo sobre la historia, la cultura y la política en el país, con lo cual se evidencian sesgos y limitaciones que han desviado o dejado incompleto el estudio de la identidad nacional, en contraste con otras contribuciones que tampoco han sido lo suficientemente exploradas.

En esa dirección, es útil revisar el trabajo académico desarrollado por Castro y Restrepo (2008), quienes ven sin claridad el afirmar una nacionalidad y una identidad homogéneas, más bien propenden por unos regímenes de colombianidad que pugnan por su establecimiento en un lugar y un tiempo determinados, donde la influencia de lo regional ha cobrado un peso histórico, sin permitir hablar del país como unidad.

Específicamente: la cuadra, la oferta cultural del barrio, la construcción irregular, la plaza de mercado, las vías de acceso, las fronteras físicas en estratos altos y las invisibles en los barrios populares, los puntos de referencia y los nodos sociales, describen esa pugna urbana que también es regional, vivida en el país y que evidencian los imaginarios contruidos alrededor de la apropiación del espacio. La situación en la periferia urbana con respecto a su centro es tan cruel y excluyente, como la periferia regional lo es con respecto a su capital.

Es preciso afirmar que esa lucha por imponer una cultura ha tenido origen en una disputa de tipo político en el tiempo, configurada en las guerras civiles del siglo XIX y, en consecuencia, la confrontación bipartidista del siglo XX, donde es crucial comprobar que el blanqueamiento como hecho racial se extiende a todas las dimensiones humanas.

Desde la perspectiva de Rojas (2001), en el pasado y el presente, es funcional la fragmentación a través de regímenes de representación antagónicos, pues en esa oposición dialéctica: quienes tienen la verdad versus quienes no la tienen; naciones civilizadas versus naciones primitivas o víctimas versus victimarios; la violencia surge como único medio de canalización e imposición de unas representaciones hegemónicas, justificando la barbarie desde todas las dimensiones posibles.

Castro y Restrepo (2008) consideran que esa lucha de imaginarios y representaciones no termina y aunque en lo discursivo se apela al hecho de la identidad nacional como una realidad fáctica, en los devenires cotidianos y territoriales se hace imposible hablar de su construcción. Bien se afirma una balcanización del territorio, haciendo imposible su viabilidad como nación-Estado o bien se obliga a un país a equipararse como una construcción hegemónica, forzando a todas las visiones culturales a subordinarse en silencio.

Las luchas por la tierra de afrodescendientes e indígenas en la periferia nacional, materializadas en la realidad local a través de la defensa fragmentada de los resguardos, demuestran esta histórica disputa deformada desde distintas tribunas a lo largo del tiempo, sobre todo por la opinión pública en la ciudad, pues aún no se comprende que los aborígenes de las regiones más apartadas pelean por su supervivencia y la del ecosistema, además de ser los originales habitantes de estas tierras.

La tergiversación mediática, la anulación del concepto indígena en la escuela y la condición de miseria que viven en algunas zonas del territorio, donde deben mendigar para sobrevivir, generan que el imaginario construido sea cimentado en el desprecio o la indiferencia frente a este sujeto social.

Tal dinámica inhumana también la padecen las comunidades afro, que generalmente viven en las periferias del país y de la ciudad. Su equipamiento cultural es sojuzgado o trivializado, pues otra vez, desde la plataforma hegemónica, mediática y política, se ha instituido que estas comunidades están en el atraso a causa de un carácter biológico que les

impide el “progreso” y que solo pueden sobresalir en actividades como el deporte, aunque se perpetúe su pobreza estructural.

Desde el anonimato racista, se ha instaurado en la conciencia colectiva el deseo por la eugenesia racial que, si bien no implica hoy aislar o esclavizar a indígenas y afros, si promueve el blanqueamiento “civilizatorio” que enmascara algunas posturas de adaptación a las dinámicas brutales de la ciudad y acepta una “democracia” impuesta en una república mestiza, pero que pretende ser de blancos.

La escuela no es ajena a este fenómeno de adaptabilidad obligada, pues a causa del desplazamiento forzado ingresan un sinnúmero de niños y jóvenes de distintas regiones a supuestas dinámicas de inclusión de poblaciones. Sin embargo, son objeto de apelativos como el “negro” o el “indio”, al tiempo que en los barrios se conforman cuadras o sectores en donde se excluye también al “blanco” y se promueve la pugnacidad racial.

En estos regímenes de representación subalternos coexisten “parches” o guetos en constante hostilidad, pues se traslada el imaginario regional a la taberna, la cancha de fútbol o la tienda. Con respecto a las comunidades afrodescendientes, los rituales, la música, los atuendos y los accesorios cargan un profundo simbolismo, en torno a la preservación de sus valores culturales, a saber: el hip hop, la salsa, el reggaetón y la champeta confirman tal afirmación.

Por el contrario, en la representación indígena, el fortalecimiento del nexo étnico con el pasado y el territorio en la ciudad es más frágil, pues no han conseguido una hibridación cultural que les permita divulgar sus valores, ni resistir frente al blanqueamiento que destruye sus raíces. De esta forma, viven en comunidades herméticas para proteger sus saberes ancestrales, aunque por efectos de la violencia los embera katío-chami y el pueblo nasa, se condenan lentamente a la miseria.

Por otra parte, las concepciones de Castoriadis (2007), plantean el surgimiento de los imaginarios en otros nichos como la inconsciencia y el lenguaje, siendo útiles para la indagación sobre la constitución del pueblo, la nación y el Estado en Colombia, en contraste con las afirmaciones de Castro y Restrepo (2008), pues los imaginarios se conectan de manera instintiva a pesar de las rupturas artificiales de la política, la economía y la organización social.

Esos imaginarios sociales que emergen como propuesta de una supuesta nacionalidad, circulan y se activan en los espacios más íntimos y cotidianos. Brotan del deseo, la inconsciencia y lo biológico, por encima de la reflexión o el debate consciente, hibridándose en la interacción cultural.

Desde el imaginario familiar, se pretende establecer la funcionalidad o la disfuncionalidad, cuando es claro que la conformación de una familia no implica su falta de funcionamiento, pero sí la nostalgia por la tradición que pierde espacio en la organización social del presente, a raíz de múltiples causas visibles en realidades laborales precarias, la pauperización de los sueldos, la insatisfacción afectiva, la liquidez de las relaciones humanas como dijo Bauman (2007), la carencia de autoestima y la pérdida manifiesta de esperanza que generan maltrato y abandono familiar.

A partir de lo anterior, es clave transformar el régimen de representación basado en la modernidad y en efecto, resignificar la enunciación de los conceptos de nación y nacionalismo, pues para Beissinger (2000), urge la emergencia de esas categorías y en ese orden sustentar una identidad nacional. De ahí que la idea de nación surja a partir de la consecución de un proyecto moderno, en el cual se vinculen auténticamente el progreso, la ciudadanía y la conciencia colectiva. Vale preguntar si en Colombia se han dado esos procesos para insertarse en esa categoría, más allá de ser una cultura autóctona.

Es necesario afirmar que en esas realidades particulares coexisten al mismo tiempo, como en el resto del país, unas nociones del mundo entre lo premoderno, lo moderno e incluso lo posmoderno sin un diálogo necesario, donde confluyen las tecnologías como mecanismo comunicativo como lo expresó Barbero (2003), pero al mismo tiempo sin resolver el problema de los servicios básicos o la paridad de género promovida en la escuela y deslegitimada en la privacidad del hogar machista.

En los momentos anónimos e irrelevantes de los sitios públicos, el transporte, la cuadra o la tienda, surgen las contradicciones más profundas que indican la desciudadanización del colombiano, su primitiva imagen del progreso y el constante aplazamiento del proyecto moderno.

Colombianidad: lenguajes, pantallas y símbolos

Dentro de la circulación de los imaginarios sociales, es paradójico e incluso cínico comprobar cómo en épocas particulares de la historia colombiana, se consideró al país como

una sociedad de altos valores culturales y éticos, reflexiones críticas realizadas por Gutiérrez (1966), quien desvela tal despropósito y denuncia los discursos de las elites de esta nación, pero también el carácter psíquico del mundo popular.

Esa dinámica del complejo psicológico se encarna en doble vía desde los políticos que administran las instituciones y los ciudadanos que legitiman el discurso y el accionar de los primeros. Las élites se caracterizan por su retórica más que por su ejercicio político, retando permanentemente la credulidad del ciudadano. Es común ver a algunos sujetos en situación apremiante, reproduciendo discursos que reclaman mayor control social y más autoridad, negando su condición social.

En la obra de Gutiérrez (1966), por demás desconocida, se ponen en discusión los complejos que aquejan a los colombianos, en los que se multiplican distorsiones de tipo lingüístico que inciden en comportamientos sociales oprobiosos y primitivos. El autor describe desgarradamente al sujeto inconsciente, a partir del lenguaje y la acción diaria.

Para comprender estas afirmaciones, se analizaron figuras retóricas que cobran sentido en diferentes escenarios.

El oxímoron revela no solo la ambigüedad de los discursos mediáticos y políticos sino también los cotidianos, en los que bien podría afirmarse la doble moralidad en la consciencia. Desde el contexto del poder se pretende engañar a la opinión pública con expresiones como “Fracking amigable”, “minería sostenible” o “masacre con criterio social”, enunciaciones que tan solo dulcifican su contenido criminal. En el entorno familiar el “te pego, pero me duele más que a ti”, “te lastimo para que aprendas”, “donde te caigas te doy encima”, evidencian procacidad y la naturalización de la violencia.

En esa vía, los jóvenes consumidores son vistos con desconfianza por una parte de la comunidad. El adulto común los observa como vagos, peligrosos y sin futuro, siendo estigmatizados y víctimas de la peligrosa “limpieza social”, crimen normalizado que evidencia causas de tipo moral y estético en el rechazo contra estos sujetos, sin contemplar motivos de tipo médico, familiar, político y social.

En el caso de la hipérbole se exagera en términos estrafalarios la realidad así: “Bogotá es la Atenas suramericana”, “Cali es la sucursal del cielo” o “Colombia es la democracia más antigua del hemisferio”, denotando la pobre mirada que existe en relación con el mundo y el

ocultamiento de situaciones dolorosas, como el precario estándar de lectura en el país o la democracia de papel que expresa Robledo (2005).

Otras formas del lenguaje que vinculan el individuo y la cultura en la Colombia urbana y barrial, entrecruzan discursos que enmascaran o distorsionan realidades. Modelo de ello, son las situaciones de injusticia social y política desplazadas hacia al favor religioso. “Dios proveerá”, que implica evadir el reclamo o la movilización y en su lugar asignar el favor místico.

Qué decir del “Deje así”, analizado por Yunis (2003), que a partir de la simple enunciación implica una cultura ladina, pues de un lado las actitudes picaras se despliegan en la tienda, el restaurante o el taller de mecánica; y de otro lado, quienes observan de manera cómplice avalan esas actitudes simples que anteceden lo ilegal.

En situaciones más tensas surge siempre la violencia como medio de comunicación, a través de consignas desafiantes y belicosas como: “Véngase, ábrase o cállese”, palabras que denotan la tendencia a la agresión y también el egoísmo propio del colombiano, donde muchas veces la cohesión se activa en clave de la confabulación y no de la movilización.

De ahí que el lenguaje machista se naturalice con los más aberrantes comportamientos en contra de mujeres y niñas, desde construcciones aparentemente inocentes como el piropo, pues a pesar de las políticas públicas emanadas por el Estado y difundidas por los medios masivos, se produce una violencia estructural que está al orden del día.

Finalmente, el parlache que nace en la cultura narco antioqueña y que se extiende a todos los confines de Colombia, devela la indulgencia con viejos y nuevos crímenes por lo menos en el contexto lingüístico: “sapo”, “gonorrea”, “dar piso”, “picar”, “coronar la vuelta”, “tombo”, “camellar”, “pirobo”, describen situaciones violentas, tensión y degradación.

De otro lado, es perentorio reconocer y discutir el rol de los medios de comunicación ejercido en el tiempo, en el imaginario sociopolítico, sexual y racial. Así, más allá de recabar en la banalidad de sus contenidos, los intereses de sus propietarios o la alienación con la que conducen la mente de los consumidores, los medios cumplen una función que permite como otras categorías, precisar la identidad, la nación y la cultura. Desde la intimidad familiar, es útil describir cómo el televisor es un objeto que produce unos significados y tiene un lugar en el hogar. En principio, este artefacto se limitaba a unas familias que ostentaban mejores condiciones y exclusividad. Con el tiempo aglutinó a los niños en torno a unas dinámicas que

configuraron una cohesión social, determinando formas de identidad personal y colectiva. Ante su masificación, esta actividad se convirtió en un ritual cultural que definió los destinos de los colombianos y, a fin de cuentas, atomizó a los integrantes de la familia popular, debido a su reproducción en distintas pantallas.

Rincón (2006), demuestra cómo las narrativas mediáticas con su poder de difusión en las diversas plataformas tecnológicas no son sólo construidas en un sentido unidireccional, en el que el consumidor es un agente pasivo y vaciado de reflexión, sino que desde la incesante cantidad de información y entretenimiento que circula por estas, están dispuestas a partir de los deseos de los consumidores.

Como ya se ha dicho antes, en torno a otras perspectivas de este ejercicio, las estructuras psíquicas juegan un papel fundamental en la construcción de cultura y, en resumen, la sociedad es lo que ve, escucha y lee en los medios. Por tal motivo, es evidente su influencia en las dinámicas diarias de los niños, donde asumen e interpretan personajes y situaciones que no revisten mayor control del mundo adulto. Sin embargo, esos efectos no se originan en las pantallas, sino en el devenir familiar y social. Los medios colombianos simplemente refuerzan y recrean lo que las sociedades, sobre todo la popular, viven cotidianamente.

Es pertinente articular a la categoría de las narrativas, elementos discursivos en la literatura sobre lo que significa ser colombiano, de tal forma que las ideas de Vallejo (2003) son cardinales en este ejercicio, en la medida que sus mordaces letras reinterpretan desde lo subterráneo y lo subalterno el sentimiento de “patria”, colocado en las espaldas de los colombianos, subvirtiendo el discurso que la representación oficial repite como imaginarios de nación, aceptados e incluso sacralizados en el tiempo.

Ante tal discurso, si hipotéticamente se hiciera una observación aérea de estos espacios urbanos en eventos deportivos, como el mundial de fútbol, sería evidente el color amarillo disseminado por toda la ciudad, demostrando una uniformidad del pensamiento, los sentimientos y los deseos alrededor de la metáfora de la patria, encarnada en la selección de fútbol.

Como dijera Gutiérrez (1966), avanza en el país la emoción nacional con unos componentes primitivos y de baja calidad, en los cuales se producen homicidios, desencuentros y la fiesta muta a la tragedia como en múltiples ejemplos. Empero, lo

importante y que define los destinos como nación no reúne, ni moviliza a la sociedad en pleno. Los colombianos se congregan masivamente alrededor de causas pueriles, mientras que circunstancias como la economía y la política terminan siendo luchas fragmentadas, gremiales y aisladas.

Del discurso a la experiencia

Este apartado, presenta conclusiones preliminares a la experiencia desarrollada con la comunidad del Instituto Técnico Laureano Gómez de la localidad de Engativá, en los barrios Bachúe, Villa Cristina y Luis Carlos Galán.

Es así, como la recuperación de relatos de la comunidad fue posible al comprender algunos de los imaginarios en la construcción de procesos de consolidación de los barrios, las dinámicas de la localidad y la proyección en micro del desarrollo nacional. Se promovió, la discusión generacional y el trabajo en redes de adultos, niños, jóvenes y demás sujetos activos.

Esa recolección de información describió los espacios geográficos, las historias comunes, los proyectos, las necesidades por resolver a través del trabajo escolar, la formación ciudadana y política de los jóvenes que fueron incluidos en la observación participante. De este modo, se concluyó que la escuela es un nicho en el que interactúan las problemáticas de los sujetos, además de ser un espacio propicio para la comprensión de fenómenos y de oportunidades para la formación de sujetos políticos.

En esta circunstancia, se amplió el marco de referencia a través de la cartografía social pedagógica propuesta por Barragán y Amador (2014), como representación de los espacios físicos y simbólicos de las realidades sociales, articulando la IAP. Así, desde los autores se usaron tres tipos de mapas: ecosistémico poblacional, temporal-social y temático, con los que es posible la recolección de la información para la transformación de los espacios, la historia de las comunidades y el estudio de fenómenos sociales particulares de impacto.

El ejercicio de observación y levantamiento de los territorios, implicó organizar la labor en grupos que recorren y recogen la información necesaria, entrevistando a residentes y observando construcciones, fachadas, paisajes, dinámicas, comportamientos culturales, relaciones y demás situaciones que con agudeza se van visibilizando.

La metodología implementada arrojó los siguientes resultados:

Gran parte de la población se encuentra en edad escolar, por lo cual existen instituciones educativas de carácter público que albergan mayoritariamente a niños y niñas. Hay viviendas adecuadas para ofrecer el servicio educativo de carácter privado y a su vez, se usan los espacios recreativos públicos para los descansos escolares. Funcionan allí, instituciones de educación inicial, validación y educación no formal.

Las familias abastecen sus hogares en la plaza tradicional del Quirigua, que ofrece alimentos a precios asequibles; frutas, verduras, carnes, plantas aromáticas, ungüentos tradicionales, utensilios para la cocina y demás elementos del campo para los habitantes de la zona.

Otros a su vez prefieren comprar a diario en tiendas del barrio, que ofrecen crédito o en el argot popular “fiar” a sus clientes. Asimismo, concurren otro tipo de consumidores que prefieren los almacenes de cadena con luces vistosas y amplios estantes permitiendo el contacto directo con el producto, el pago con dinero plástico y las promociones, el sistema de puntos acumulables y las largas filas.

La percepción de un sector de la población indica que la actividad comercial informal, en zonas de alta afluencia, trae consigo el deterioro de los espacios, el aumento de las basuras, las congestiones peatonales, la contaminación visual y auditiva e inevitablemente el expendio de sustancias psicoactivas y la sensación de inseguridad. Sin embargo, es importante mencionar que la presencia de los vendedores ambulantes es consecuencia de la ausencia de empleos formales y responde a las difíciles condiciones socioeconómicas.

Las anteriores, son prácticas culturales heredadas, pues hay familias enteras que se dedican al oficio y son evidencia de la incapacidad o desinterés del Estado a nivel local y nacional, por resolver dichas problemáticas agravadas en el tiempo.

En relación con la oferta recreativa, se hallan parques públicos para el disfrute de la comunidad, además de los espacios internos de los conjuntos cerrados, instituciones informales de formación deportiva, principalmente en el parque San Andrés, ubicado en el barrio Bochica. Cabe mencionar que muchos de estos espacios están en total abandono, creando inseguridad y originando zonas vedadas. Ante tal situación, los ciudadanos prefieren no acceder a estos lugares, generándose falta de apropiación.

En lo referente a la oferta cultural, se observa que son pocos los escenarios de promoción artística a excepción de los utilizados en las versiones del Festival de Verano. En

este sentido, el arte se reduce a las salas de cine y la visita a centros comerciales para cambiar la rutina con el consumo de confitería o comida rápida. Sin embargo, funcionan algunas escuelas de música y fundaciones que enseñan artes y oficios.

La mayoría de los niños y jóvenes usan su tiempo libre en medio de las pantallas, consumiendo productos televisivos e insertándose en la realidad virtual. En otros casos, integran “parches” alrededor del microfútbol, las barras bravas y el consumo de drogas legales e ilegales en espacios públicos, al tiempo que son estereotipados como delincuentes juveniles.

En lo referente a la apropiación del espacio, es evidente la problemática frente al abandono de edificios o espacios que generalmente son públicos: se arrojan escombros y muebles viejos, las fachadas muestran deterioro y algunas zonas se empobrecen sistemáticamente, igualmente, calles descuidadas con desechos de viviendas y locales comerciales a ciertas horas del día, tal vez por el desorden en la recolección de basuras o la inconsciencia frente al manejo de residuos.

Debido a la falta de recursos de ciertas comunidades, se producen fenómenos como la construcción irregular que otrora fueron territorios invadidos y que de forma insipiente han sido legalizados. De ahí que cada paso a la normalización e intento por mejorar la calidad de vida de estos sujetos, implica un esfuerzo permanente.

En lo relativo a la movilidad, existen vías importantes de acceso, como la calle 80, la avenida Cali y la carrera 90. Esta zona se caracteriza por ser relativamente céntrica y equidistante a hitos culturales, financieros y administrativos, presentándose caos vehicular, contaminación y la supremacía del automóvil, pues el transporte público es de mala calidad.

Gran parte de los ciudadanos utilizan medios como Transmilenio, el Sistema Integrado de Transporte Público y servicio de busetas y colectivos tradicionales, quienes describen situaciones de inseguridad dentro de los vehículos, constantes aglomeraciones, ventas ambulantes en los trayectos y altos costos en el valor de los pasajes.

El barrio Luis Carlos Galán es el más reciente del sector y presenta construcción irregular como una muestra de la invasión, apropiación y posterior legalización. El uso del suelo de las barriadas estudiadas se caracteriza por ser en su mayoría residencial y habitado por los fundadores, quienes permitieron recoger información de primera mano.

Es importante anotar que en el territorio se desarrollan actividades del sector terciario y se encuentran zonas de comercio; ropa, utensilios, tecnología, centros de salud oral, farmacias, tiendas de comida, centros educativos y sedes bancarias. El arte callejero se hace presente con expresiones como el grafiti y el muralismo, plasmando memorias sobre el cuidado del medio ambiente, situaciones políticas coyunturales y un sinnúmero de códigos poco explorados.

En este territorio, existen graves problemas ambientales por los grados de contaminación del río Juan Amarillo que expide olores nauseabundos, afectando de manera directa la salud de residentes de la localidad, atrayendo gran cantidad de insectos y provocando distintas enfermedades.

Este ejercicio permitió analizar: el consumo y expendio de sustancias psicoactivas SPA con complicidad de los ciudadanos, la sensación de inseguridad, la existencia de pandillas, la falta de oportunidades, además de las consecuencias del conflicto armado como el desplazamiento y la pobreza, dejando como resultado, la amenaza a la que están sometidos los habitantes del sector, como ocurre en el territorio nacional.

Es claro el tejido entre estos contextos urbanos con regiones apartadas y azotadas por la violencia en Colombia, pues el terror en ciertos lugares de la ciudad causado por bandas vinculadas al microtráfico ejerce poderes y fronteras invisibles, tal como ocurre en zonas periféricas del país. La fragmentación social es visible por la ausencia del Estado en unos y en otros contextos, ya que es cómplice de los fenómenos descritos, causando que la población esté indefensa y anulando sus posibilidades de organización.

La colombianidad como praxis en la cotidianidad, es clara por los múltiples caracteres psicológicos, políticos y culturales que identifican rasgos de región, reproducidos en la ciudad. Por ejemplo, el imaginario religioso genera la distorsión del compromiso político y al mismo tiempo congrega alrededor de la emoción, imposibilitando una cultura política. De ahí que el imaginario de progreso para el colombiano convierte la administración pública en actos de caridad, el egoísmo impide pensar en colectivo y en ese sentido, el desarrollo de obras de infraestructura esté sometido a la corrupción, a la indiferencia ciudadana y a la resignación ante una realidad abyecta.

En la medida que la industria nacional se arruina, las multinacionales se llevan la riqueza, reflejando la mezquindad política, la sumisión y la vergüenza por lo propio, males

enraizados en la estructura colonial, funcionales en la cultura y la mentalidad colombianas. Por lo anterior, los ejemplos visibles en el barrio se exponen en la creciente cantidad de almacenes que exhiben y venden mercancía china a precios módicos o los supermercados que comercian con productos alimenticios importados, más baratos y procesados.

Es pertinente afirmar que la movilidad dentro de las ciudades es tan caótica como el desplazamiento entre municipios y regiones, no sólo a causa de la densidad poblacional, la carencia y mal estado de las vías o la obsolescencia del transporte público, sino porque el fenómeno de la geografía escarpada influye en la ciudad y fuera de ésta. Es evidente sobre todo en la población de menores recursos, que debe movilizarse de un extremo al otro de la ciudad, haciendo trasbordos y soportando largos trayectos.

Es útil establecer que el poder de los medios de comunicación es potente en toda la nación. Los medios modelan el tipo de ciudadano dócil y acrítico que es instrumentalizado por los poderes hegemónicos. Podría decirse que la influencia de la televisión y la radio evidencian los imaginarios reproducidos frente a la unidad nacional, el modelo económico, los personajes emblemáticos y los productos culturales. Sin embargo, el desarrollo de las comunicaciones y la influencia de las redes sociales, amplía el panorama frente a nuevas formas de acceder a la información y difundir otras voces.

Finalmente, la colombianidad como expresión del ser colombiano se visibiliza en los ambientes festivos, en las dinámicas de masificación como el fútbol, el reinado de belleza, la feria del pueblo, el bazar o la visita al centro comercial. Comprender esas estructuras psicológicas, sociales y culturales, es la oportunidad para anclar proyectos comunes en la búsqueda de desarrollo sostenible y políticas de Estado, que incluyan a todos los sectores sociales y, en consecuencia, la formación de sujeto político, la democracia participativa, la movilización social y la reconciliación nacional.

Referencias bibliográficas

- Althusser, L. (2003). *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Nueva visión.
- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México D.F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Barbero, J. (2003). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Bogotá, Colombia: Editorial Gustavo Gili.
- Barragán, D., y Amador, J.C. (2014). La cartografía social- pedagógica: una oportunidad para producir conocimiento y repensar la educación. *Itinerario educativo*, (64), 127-141.
- Bauman, Z. (2007). *Los retos de la educación en la modernidad líquida*. Barcelona, España: Editorial Gedisa.
- Beissinger, M. (2000). *Estado y nación: Ernest Gellner y la teoría del nacionalismo*. Madrid, España: Cambridge University Press.
- Castoriadis, C. (2007). *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires, Argentina: Tusquets Editores.
- Castro, S., y Restrepo, E. (2008). *Genealogías de la colombianidad: Formaciones discursivas y tecnologías de gobierno en los siglos XIX y XX*. Bogotá, Colombia: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Deas, M. (1993). *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia política y literatura colombianas*. Bogotá, Colombia: Tercer Mundo Editores.
- Durand, G. (2000). *La imaginación simbólica*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.

- Elias, N., y Dunning, E. (1992). *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. México D.F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Gramsci, A., y Domenech, L. (2017). *El ratón y la montaña*. Santander, España: Editorial Milrazones.
- Gutiérrez, J. (1966). *De la pseudoaristocracia a la autenticidad*. Bogotá, Colombia: Ediciones Tercer Mundo.
- Lara, H. (2006). *Agorerismo, credulidad y representación. Religiosidad y sociedad en Santafé de Bogotá y la provincia de Tunja 1550-1650*. Bogotá, Colombia: Editores Gráficos Colombia Ltda.
- Palacios, M. (2015). *Colombia. Tomo 3 1880/1930. La apertura al mundo*. España: Fundación Mapfre.
- Perea, C. (2009). *Cultura política y violencia en Colombia: Porque la sangre es espíritu*. Medellín, Colombia: La Carreta Editores.
- Rincón, O. (2006). *Narrativas mediáticas o Cómo se encuentra la sociedad del entretenimiento*. Barcelona, España: Editorial Gedisa.
- Robledo, J. (2005). *Democracia de papel. Fraudes, mentiras y negociados en Colombia*. Bogotá, Colombia: Intermedio Editores.
- Rojas, C. (2001). *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia en el siglo XIX*. Bogotá, Colombia: Editorial Norma.
- Rosas, A., Bellelli, G., y Bakhurst, D. (2000). *Memoria Colectiva e Identidad nacional*. Madrid, España: Editorial Biblioteca Nueva.

Vallejo, F. (2003). *El desbarrancadero*. Madrid, España: Editorial Alfaguara.

Yunis, E. (2003). *¿Por qué somos así? ¿Qué pasó en Colombia? Análisis del mestizaje*. Bogotá, Colombia: Editorial Bruna.

Zuleta, E. (1995). *Educación y Democracia: un campo de combate*. Bogotá, Colombia: Editorial Corporación Tercer Milenio.